
DESDE LA IZQUIERDA POR EL CAMBIO

Ignacio Tosa



5

El PSOE ha conseguido en las elecciones generales del 28 de octubre la mayoría absoluta, con un programa de aliento regeneracionista, en el que ocupaban un lugar central la modernización y el impulso ético. Sin incorporar ni el lenguaje ni los objetivos tradicionales de la izquierda ha logrado convertir el desencanto en esperanza, generando una movilización de masas importante, aunque invertebrada y estrictamente limitada a la lógica y período electorales.

Por el contrario, las propuestas más genéricamente de izquierdas y las organizaciones que las postulaban han recibido un cortísimo respaldo popular hasta el punto de que, desde la óptica del mapa electoral, da la impresión de que en España hubiera desaparecido su espacio político.

Sin embargo, la embriaguez del triunfo no debe propiciar la falta de reflexión, porque adoptar esta actitud sería una irresponsable miopía. El significado de lo acontecido no es ni inequívoco, ni irreversible. Dejando de lado la especulación sobre cuanto haya sido debido a los aciertos

del PSOE y cuanto a la concurrencia de las crisis de PCE y UCD, queda en pie la necesidad de realizar una aproximación analítica y profunda al proceso y a la si-

tuación histórica en que se ha producido el triunfo, de cuya comprensión pueden surgir elementos explicativos del por qué y criterios orientadores de un para qué con contenido y horizonte.

Indudablemente de esta reflexión se derivarán implicaciones para la acción de gobierno, una acción que no puede dejar que se frustre esta oportunidad histórica. Para ello debe ser coherente con la propuesta que ha generado el respaldo popular, asumiendo también que la materialización de los componentes más progresistas que laten en el proyecto son presupuesto necesario de su vitalidad y eslabón hacia fases sucesivas de un diseño socialista que se negaría a sí mismo y carecería de futuro si pretendiera reproducirse desde las simples coordenadas interclasistas de ética y modernización.

Hacer explícita la perspectiva desde la que está escrito este artículo tiene sentido para que no haya ni ambigüedad, ni claves ocultas. Lo ha sido desde la posición de una izquierda independiente, comprometida con la transformación de la sociedad como lo estuvo en la lucha contra el franquismo; una izquierda, por tanto, con trayectoria militante, aunque hoy sin vinculación con partido alguno. Una izquierda con perplejidades y sin respuesta a muchas cosas que, no obstante, en el proceso electoral ha prestado su respaldo al PSOE.

Es obvio que este trabajo no pretende, por sí mismo, lograr una reevaluación del contexto histórico y sus objetivos que sirva de cimiento —los cimientos posibles— para una nueva línea de avance. Aspiración tan ambiciosa escapa a su diseño que, sin embargo, sí intenta contribuir modestamente en esa dirección.

No es pensable que en tiempos de paz pueda un país europeo aislado tomar un rumbo revolucionario.

No es posible reflexionar políticamente en España limitándose a la coyuntura, ni tampoco a partir de una supuesta postura de principios, portadores de una coheren-

cia global, pero desligados de lo que de específico tiene este tiempo y esta sociedad.

El camino que puede llevar a conclusiones que resulten a la vez fundamentadas y operativas tiene que discurrir por problemáticas de muy diversa naturaleza que se enlazan y superponen de forma inextricable.

Sin situar el contexto mundial y más en concreto el espacio histórico-cultural de este país el discurso carecerá de un marco referencial de suficiente amplitud, porque este país vive en un mundo desigual e interdependiente, formando parte de una tradición y realidad europeas que establecen posibilidades y límites.

Desde otro ángulo, los elementos de crisis que se manifiestan o subyacen en nuestras sociedades cuestionan buena parte de los fundamentos sobre los que se ha construido un dilatado período histórico. Sólo los más obtusos piensan que estamos ante una simple, si bien grave, crisis económica. La duda y la carcoma circulan por aguas más profundas y nada serio puede hacerse sin bucear a su encuentro y sin entender su lenguaje.

Pero no todos son factores de orden general, sean de naturaleza mundial o civilizatoria; los hay también específicos, propios de la sociedad española, procedentes de su pasado, de su trayectoria histórica, del singular periplo recorrido por los pueblos que hoy coexisten y friccionan en España. Una plena conciencia del condicionamiento histórico es algo de lo que no se puede prescindir si se quiere entender el contenido y el por qué de la situación actual, si se quiere actuar de verdad sobre ella, transformarla.

Estos pasos previos pueden ya permitir una aproximación a las tareas pendientes que, con esta perspectiva, pueden desbordar el carácter inventarial, con su inoperante inarticulación, para convertirse en un tejido dinámico, con prioridades y condicionantes.

Un contexto general de crisis

La Europa actual es un conjunto de naciones altamente industrializadas, inmersas incluso en la problemática post-industrial, con un alto nivel de vida y una estructura social en la que las clases vinculadas a la agricultura hace decenios que perdieron peso en favor de los trabajadores urbanos. Una Europa que, en el plano internacional, si bien se encuentra en una posición de privilegio respecto al Tercer Mundo, está también bajo la amenaza de la URSS y subordinada militarmente a EE.UU. en una alianza en la que, de continuo, afloran componentes de rivalidad económica.

Las formas democráticas tienden a ser dominantes en el terreno político, estando el espacio de la izquierda ocupado, desigualmente según los países, por la socialdemocracia, un socialismo que sin haber repudiado formalmente el marxismo sólo lo incorpora como uno de sus componentes, y el eurocomunismo, formulación hacia la que con mayor o menor convicción y consistencia han tratado de evolucionar los principales partidos comunistas procedentes de la III Internacional, no siendo, finalmente, significativa la presencia de posiciones calificables como de izquierda revolucionaria.

Sin embargo, para entender los componentes de la crisis en que hoy se encuentra sumida Europa no vale con detenerse en lo más inmediato y aparente porque son varios los factores que se combinan, materializados algunos en la conciencia del pueblo y en su memoria histórica, derivados otros de una problemática más recien-

te. Son resumibles en los siguientes puntos:

- *La derrota del movimiento obrero revolucionario europeo en torno a los años veinte*, derrota cuya secuela fascista aniquiló la dimensión revolucionaria de las clases obreras más maduras y organizadas. Su potencial de resurgimiento se concentró en la defensa de la URSS, patria socialista y símbolo de la liberación futura.

- En la segunda mitad del siglo *el derrumbamiento del modelo socialista* significó la pérdida de la referencia tan cuidadosamente preservada que, sin solución de continuidad, se vio sustituida por la frustración de un socialismo real malformado que, a corto plazo, bloqueaba todo horizonte.

- *La amenaza a la supervivencia* tiene también una particular resonancia en la

Europa desgarrada de este siglo, por otra parte crecientemente consciente de que el riesgo para la vida proviene tanto de la pérdida de la paz como del progresivo de-

terioro de las condiciones de habitabilidad del planeta. La combinación de los peligros de guerra aniquiladora y de degeneración progresiva se convierte así en una realidad, en un verdadero síndrome que condiciona el comportamiento europeo.

- *La realidad brutal del Tercer Mundo*, con el que existen fuertes nexos históricos y actuales relaciones económicas, plantea el hecho diferencial y suscita la duda sobre si el bienestar relativo de Europa, incluido el de los sectores populares, no estará vinculado a los dramáticos problemas de millones de hombres, de forma que una mayor justicia para todos sólo pueda construirse sobre la base de un cambio de perspectiva y de renuncias en este continente.

- En este contexto, y como último punto, se presenta *la crisis económica* en

**Nuestra peculiar
trayectoria histórica ha sido
un lastre para cualquier
política que aspire al progreso
y a la democracia.**

la que continuamos sumidos, con el derrumbamiento de posiciones que se consideraban consolidadas, la reaparición de peligros casi olvidados, la pérdida de expectativas, el corrosivo avance del paro, con su secuela de división objetiva en el seno de la clase obrera.

En estas circunstancias no parece aventurado concluir que, *sin la confluencia de factores externos de carácter bélico o sin la profundización y pérdida de control de la crisis económica, no existe posibilidad de que surjan en un futuro previsible en Europa movimientos revolucionarios capaces de asentarse en el plano político*, es decir, no es pensable que en tiempo de paz pueda un país europeo aislado tomar y afirmarse en un rumbo revolucionario. De esta conclusión, sólo los interesados y miopes pueden deducir que el progreso sólo pueda construirse a partir de la aceptación del sistema capitalista. El tiempo de la historia es, a veces, lento y complejo, con períodos en los que parece perderse todo nexo con un futuro construido sobre bases distintas de las en el momento vigentes, períodos en los que sólo lo inmediato parece posible. En Europa estamos, y con gran probabilidad continuamos adentrándonos en uno de ellos, pero no en un contexto de estabilidad general que permitiría pronosticar su larga duración. Muy al contrario, la impotencia existe y crea una apariencia de inexpugnabilidad, pero al mismo tiempo los factores de crisis lo están invadiendo todo.

En efecto, no estamos ante una crisis que se produzca en el marco de una estructura de valores firmemente enraizada; lo más característico hoy en día es que el propio ámbito que delimita las referencias y la escala de valores a utilizar se ven ellos mismos cuestionados.

El hombre moderno no estaba acostumbrado a percibir y a analizar los *problemas a escala mundial*, sus esquemas, su capacidad para captar las contradicciones estaban forjados en un espacio más

reducido que, al desbordarse, le deja perplejo y desconcertado. Algo similar puede decirse de la *amenaza para la supervivencia de la humanidad*. A pesar de que la guerra y el exterminio hayan sido compañeros inseparables del proceso humano, nunca se habían combinado en este grado la conciencia de su existencia y la magnitud del riesgo. No sólo una élite, sino la generalidad de los hombres, al tiempo que aprenden a captar la dimensión global de la humanidad, tienen que enfrentarse con la evidencia de las tendencias autoaniquilantes. Resulta algo de difícil asimilación y muy improbable el poder asumirlo sin poner todo lo demás en duda.

Pueden considerarse como aspectos adicionales de similar naturaleza los siguientes:

- *El significado y contenido que deban atribuirse al progreso distan de estar claros*. Se ha perdido la firmeza de su identificación con el avance de la ciencia, con su utilización productiva a través de tecnologías de creciente complejidad. Tampoco es ya obvio que el aumento de los bienes materiales sea algo positivo, si se toman en cuenta los medios necesarios para conseguirlos. El crecimiento económico se ha desacralizado; aunque todavía persista como punto de referencia de las políticas corrientes hoy ya se sabe que no sólo es algo frágil, sino también un arma de doble filo. La confianza en el desarrollo de las fuerzas productivas, tan compartida por opuestas ideologías, está hoy más que nunca resquebrajada.

- *El propio sentido del trabajo se tambalea*, convertido su ejercicio en un privilegio que no comporta una verdadera realización y sin haber perdido su carácter de carga. Tan alejados de su versión bíblica,

**Una política progresista
tendrá que enfrentarse
con los problemas derivados
del atraso y malformación histórica
del Estado español.**

ca, como del componente de libertad que Marx le atribuía en la etapa comunista, se presenta como una pervivencia trastocada, porque es difícil mantener cualquier

ética fundada en el trabajo cuando su propia posibilidad es una incertidumbre o una esperanza inasequible. Y para la sociedad moderna se trataba de un valor

El PSOE ha conseguido inhibir el obstruccionismo inmediato y activo de los núcleos duros del poder económico.

fundacional y permanente, cuyas bases materiales hoy se están esfumando hasta el punto de que sin entender esto es imposible captar las raíces de muchos comportamientos —pasotismos diferenciales tan al uso— de la mano del crecimiento económico y de la transformación de la estructura social, *normas sociales vertebradoras de la sociedad civil se están viendo cuestionadas* —la célula familiar, el papel de la mujer en la sociedad, el control del propio cuerpo, la búsqueda de nuevas formas de convivencia—, sin que la sociedad sea capaz de imponer sus referencias culturales, limitada a intentar neutralizar sus componentes más subversivos por medio de la recuperación de los aspectos integrables.

Todo lo expuesto tiene importancia en sí mismo, pero a la vez comporta un nuevo condicionante para el tratamiento de los acuciantes problemas que plantea la crisis económica, porque es cierto que una política progresiva tiene que buscar soluciones a corto plazo apoyándose en la lógica del sistema, pero estas *soluciones no lo serán en realidad si se hacen con olvido de la perspectiva mundial y sin afrontar el resto de problemas profundos que subyacen en la crisis*. Para no encubrir la verdadera dificultad de lo que está en juego hay que señalar que a corto, e incluso a medio plazo, lo que puede favorecer a lo primero hay un gran riesgo de que vaya en contra de lo segundo y viceversa. Por añadidura, en el contexto europeo no hay espacio para las soluciones radicales de los problemas suscitados en este apartado, por lo que la dimensión temporal tiende a convertirse en el factor dominante, importando *más la combinación capaz de generar una dinámica que la valoración estática de los hechos aislados*.

La razón de incluir siquiera sea una alusión a la problemática teórico-política en un artículo construido en otro plano se apoya en que las nuevas interrogantes tienen un efecto, en modo alguno desdeñable, sobre los criterios orientadores de la práctica política. Puede, sin mayor dificultad, entenderse que hay elementos cuya definición parece imprescindible para razonar y establecer juicios consistentes.

En primer lugar, *la unidad de análisis, el espacio societario o geográfico que constituye objeto y referencia para la acción política*. Su clara delimitación se presenta como un requisito necesario para evitar la ambigüedad, porque si en un tejido interdependiente se diluye el carácter absoluto —la nitidez— de la unidad valorativa, surgirá la posibilidad, por ejemplo, de que lo que en principio parece regresivo a escala de país cobre un significado de signo opuesto —o al menos contenga relevantes componentes de esa naturaleza— a escala mundial y viceversa.

En segundo lugar, *la dimensión temporal* —no sólo porque se trate de fenómenos dinámicos que acontecen en un eje temporal—, sobre todo porque aunque supongamos por hipótesis que existen bien definidos criterios valorativos, el ritmo del tiempo histórico es casi irreducible a escala de tiempo personal, lo cual posibilita que lo que a una escala parece inmovilismo tenga en la otra un claro contenido de progreso. Se incluye aquí esta implicación por tratarse de un error de perspectiva al que la izquierda ha sido particularmente proclive, si bien no debe entenderse que el ajuste sea siempre en términos de tiempo histórico más lento, frente a un tiempo personal más rápido y acelerado. Aunque ésta sea la situación más frecuente puede haber casos en los que la relación se invierta y a escala individual se perciban como menos urgentes problemáticas que en perspectiva societaria e histórica lo

sean en grado extremo; por ejemplo, determinados riesgos ecológicos contemporáneos.

En tercer lugar, los intereses sociales que se defienden y promueven sólo pueden establecerse con rigor suficiente si, con carácter previo, lo han sido *los protagonistas sociales* a los que corresponden. Y de nuevo aquí la vieja seguridad con que se movía la izquierda, identificándose sustantiva y semánticamente en términos de clase, ha dado paso a una situación ambigua —diluida—, abierta, de un lado, a una lectura interclasista —o más bien aclasista y pretendidamente societaria—, mientras que, de otro, se parte a la búsqueda de los sujetos emergentes, de la nueva identidad o combinación social en la que resida —a la que pueda asignarse— el protagonismo del impulso histórico.

Finalmente, la identificación y el sentido que se atribuye al *sistema social* —al que supuestamente existe y al que pueda sustituirlo—. La dificultad surge si llegan a hacerse imprecisos los términos esenciales y definatorios del vigente —perdiéndose su verdadera dimensión de sistema consistente que opera y se reproduce de forma específica—, en cuyo caso es fácil atribuir a cualquier cosa carácter superador del capitalismo y que se desarrolle una retórica de este signo. Más aún si, en el otro lado, se pierde el perfil del modelo alternativo, bajo el impacto de experiencias históricas frustradas y de la inexistencia de una reelaboración teórica que sea capaz de asumir la realidad imprevista y difícilmente integrable en esquemas heredados en el viejo paradigma.

Sin necesidad de incluir nuevas perturbaciones, que existen simplemente combinando las citadas, se comprueba el ascenso y la creciente importancia que hay que atribuir al *concepto de transición* —insegura y a veces ciega transición—, y a la *problemática de procesos*, a cuya luz

debe releerse la articulación entre las pretendidas —y reales— *reformas y rupturas*.

La realidad española

La actual situación española está atravesada por condicionamientos de similar naturaleza a los que caracterizan el presente europeo, aunque algunos de ellos estén necesitados de importantes matizaciones, fruto principalmente del menor y más reciente crecimiento económico, a su vez singular, y origen de una estructura social más cercana de fases intermedias del proceso de industrialización. Sin embargo, el rasgo más específico y diferenciador proviene de *nuestra peculiar trayectoria histórica*, peculiaridad que *se constituye en un verdadero lastre para cualquier política que aspire al progreso y a la democracia*.

Si en el caso europeo señalábamos la derrota del movimiento obrero en los años veinte como un elemento conformador de la realidad actual, en España sería poco sensato pensar que la *derrota en la guerra civil y la larga duración del franquismo*, hasta su extinción con la muerte del dictador, no fueran a marcar de forma determinante la memoria y el comportamiento de las principales clases y sectores de nuestra sociedad. La heroicidad y el desbordamiento de las energías del pueblo no se saldaron con una victoria, como tampoco los sacrificios y luchas bajo la dictadura consiguieron la hegemonía para las fuerzas populares.

Por otra parte, y aún con mayor entidad, no se puede olvidar que la modernización del país bajo un sistema democrático y en el seno del capitalismo ha sido la tarea inexorablemente frustrada de los dos últimos siglos, con el resultado de heredar hoy una *sociedad civil débil*, empobrecida e incapaz de imponerse a las instituciones seculares, Iglesia y Ejército, cir-

Hay que aceptar como hecho incontrovertible la inexistencia de un proyecto global coherente de transformación de la sociedad.

cunstancia vinculable a un *sistema político sin hábitos ni raigambre democrática*, en un *Estado arcaico* vuelto hacia el pasado, sin vitalidad para forjar unas nuevas bases que le permitan reencontrar su propio sentido en el mundo actual, refundando la *convivencia de los pueblos de España*. No sólo en el proceso histórico que conduce del siglo XIX a nuestros días no se han alcanzado estos logros, sino que el tiempo perdido con su secuela de solidificación de enquistamientos y de acumulación de agravios, magnifica todavía más la entidad de los problemas.

Sobre este telón de fondo se produce la *transición y el establecimiento de un régimen constitucional democrático*, en el que se reconoce a los partidos políticos un marco de libertades públicas, juego electoral y un conflictivo reconocimiento de la realidad plurinacional española. Transformación profunda respecto al franquismo, pero que tiene lugar sin que se modifique el poder económico, que sigue controlado por los mismos protagonistas, y sin que haya ruptura con criterios democráticos en el aparato de Estado. Se modifican los mecanismos institucionales, pero de partida no se cuestionan los poderes fácticos sobre los que se sustentó el fascismo. Puede considerarse un proceso abierto, aún sin concluir, que en su singularidad ha producido avances y generado hipotecas.

Durante este período *la crisis económica* continúa agravándose a pesar de que la izquierda colabora, acepta los sacrificios que impone la racionalidad del sistema capitalista y dismantela, de forma paulatina, la dinámica de masas; éstas no penalizan este comportamiento y la izquierda reformista, que juega a fondo y con habilidad a la mecánica electoral, se consolida hasta el punto de que mientras desaparecen todas las posturas revolucionarias del panorama político español, emerge el PSOE como irresistible fuerza en ascenso.

A partir del análisis que llevamos realizando y contando con la innegable ventaja de juzgar hechos ya acaecidos, no tiene nada de sorprendente la *posición de claro predominio dentro de la izquierda que la transición política ha otorgado al PSOE*. El desprestigio de todo lo que se vinculara al modelo de socialismo real, unido a la demanda de reformas y cambios, confería al PSOE, a pesar de no tener un proyecto autónomo consolidado, un claro espacio objetivo que supo aprovechar con su buena imagen electoral, favorecido todo ello por la carencia de otras opciones. Porque, en efecto, el PCE, aunque hubiera percibido la tendencia existente en la sociedad, no supo transformar con suficiente rotundidad ni sus posiciones (URSS, III Internacional, organización), ni su imagen (mantenimiento de los viejos dirigentes), mientras que la extrema izquierda, lastrada por errores y dogmatismos, tampoco acertó a conservar, en una evolución general que no la favorecía, las posiciones conseguidas en la lucha contra el franquismo. Más tarde, ya sin nada significativo a nivel estatal a su izquierda, el PCE fue incapaz de dar una salida positiva a sus contradicciones internas, enfangándose en un proceso de regresión y de pérdida de implantación social.

Así las cosas, se llega a una situación en la que el PSOE, *triunfador absoluto de las elecciones generales*, es el partido del gobierno. Tal vez, también, porque en un tiempo de perplejidad es el que formula una propuesta más coherente, más sincera, con una sintonización real con los problemas, porque esa actitud nace de su propia condición, en circunstancias en las que la indefinición teórica se convierte en virtud y la aparente debilidad orgánica en fuerza.

El PCE fue incapaz de dar una salida positiva a sus contradicciones internas.

El hastío, la repulsa de la continuidad, son profundos en el cuerpo social y nadie podrá negar al PSOE el no haber sabido levantar la esperanza y una actitud positi-

va en amplios sectores ciudadanos. Incluso ha conseguido desde la *incontrovertida legitimidad democrática de su mandato y la modestia de sus propuestas transforma-*

El PSOE ha formulado una propuesta que sintoniza realmente con los problemas.

doras en el terreno económico, inhibir el obstruccionismo inmediato y activo de los núcleos duros del poder económico, para los que, señalémoslo, el triunfo del golpismo —cuyos apoyos potenciales no han sido desmantelados— resultaría disfuncional en las actuales circunstancias.

El PSOE se enfrenta con las tareas pendientes y con la responsabilidad de la acción de gobierno con todos los factores favorables enunciados, pero también con un partido en el que la organización y la vida interna apenas han tenido tiempo para consolidarse, sangrado por el traslado al aparato del Estado de gran parte de sus componentes más ricos, sin haber resuelto su inserción en la sociedad, acosado por el inevitable oportunismo de muchas incorporaciones, sometido, finalmente, a las tendencias objetivamente corrosivas que genera el ejercicio del poder en organizaciones e individuos.

Hablar de las tareas pendientes podría llevar a transitar por un espacio a caballo entre la retórica y la utopía si el discurso no fuera referido a las que se consideren *objetivos concretos planteables en el contexto y circunstancias antes descritos*. Con esta delimitación dejamos fuera, en primer lugar, lo que correspondería a otra etapa histórica distinta de la que nos encontramos (ruptura con el capitalismo, transición socialista, etc.), en segundo lugar la especificación articulada de un programa, es decir, lo que no es concretable al nivel de generalidad en que nos movemos (políticas generales, ámbito institucional, definición estructural).

Si asumimos el diseño esbozado, es obvio que una política progresista tendrá que enfrentarse con los problemas derivados del atraso y malformación histórica

del Estado español, del contexto internacional de la crisis civilizatoria y de la crisis económica, pudiendo esta combinación de planos articularse en los siguientes términos:

1. *Revitalización y enriquecimiento de la sociedad civil*, abordando con fuerza e imaginación todo lo que se refiere a la educación, la cultura, los medios de comunicación, etc., con medidas que penetren en el tejido social, favorezcan el conocimiento y la crítica y confieran protagonismo a los ciudadanos, no sólo aislados, sino especialmente a partir de sus formas organizativas de base.

2. *Consolidación del sistema democrático*, entendido en un sentido amplio, concebido en términos de presencia activa de las personas y los sujetos sociales en la vida colectiva, lo cual requiere:

- Un verdadero desarrollo de las libertades públicas.
- Asentar la supremacía del poder civil.
- Afrontar en su verdadera dimensión la cuestión nacional.
- Vincular el sistema político al cuerpo social, recuperando la honestidad de la función pública, potenciando las atribuciones y medios de los niveles autonómico y local, e intentando que el seno de las empresas no queden al margen del control y garantías democráticas.

3. *Modernización del Estado*, porque sin una reforma profunda de la Administración Pública y de la función de las Fuerzas Armadas, no cabe concebir estadios sucesivos en una política de progreso, que se vería privada de los instrumentos y la seguridad mínimamente requeridos.

4. *Afirmar la independencia nacional y la solidaridad internacional*, con un claro antibelicismo, sin vinculación a bloques, conectando con la tradición de neu-

tralidad española, redescubriendo su plena vigencia, sin abdicar de la más cabal pertenencia a Europa, pero también con una postura activa y solidaria con los pueblos del Tercer Mundo, en particular los que nos son más próximos, valorando su potencialidad y la importancia que puede llegar a tener una postura coherente y decidida de apoyo a su progreso y afirmación nacional.

5. *Asumir, con sensibilidad y sentido de la responsabilidad los condicionamientos que impone la crisis civilizatoria* en la fijación de la política corriente, en las opciones de reestructuración energéticas, de tecnología, de ritmo de crecimiento, iniciando el aprendizaje que debe llevar a encontrar un contenido progresivo a objetivos que no se vinculan al continuo aumento de los bienes materiales.

6. *Actuar sobre los protagonistas y las reglas de juego económicos con los siguientes criterios:*

a) Liberalización del juego económico

en todos los ámbitos en que sea posible, sin proteger situaciones de privilegio o de ineficacia, demostrando que, en la actual etapa, liberalización-socialización es una falsa contradicción alentada por una derecha proclive a la defensa de los monopolios y a la inmoderada pervivencia del proteccionismo.

b) Revalorizar el sentido y la necesidad de las prestaciones y equipamientos colectivos, como componente constitutivo no tanto del tiempo pasado como del futuro previsible.

c) Fortalecimiento del sector público, como instrumento imprescindible que tiene que estar dotado de eficacia y transparencia.

d) Tendencia a limitar, por razones antimonopolistas y estratégicas, el poder disfuncional y desproporcionado de que hoy dispone la oligarquía.

e) Reorientación de las relaciones con el capital extranjero invertido en España, sobre bases conscientemente establecidas que, sin olvidar la realidad de una economía internacionalizada, busquen fomentar nuestra viabilidad autónoma, a través del control creciente de nuestras propias decisiones y el racional apoyo a posibilidades internas hoy inhibidas.

Estas orientaciones no tienen por qué constituir un obstáculo, sino todo lo contrario, para una gestión económica eficaz de los problemas inmediatos: paro, desigualdades, reestructuración, posición en la división internacional del trabajo, etc., problemas, sin embargo, cuyo análisis escapa a las posibilidades e intención de esta reflexión.

Conclusiones

Definido el contexto más general, los rasgos globales de la situación española y las tareas en ella pendientes, estamos ya

en condiciones de intentar una formulación de conclusiones que sin abandonar el tono general del discurso sea a la vez suficientemente precisa como para elucidar líneas de actuación práctica. Para hacerlo vamos a partir de una doble constatación:

1. *En Europa, y en particular en España, ni las condiciones existentes —objetivas y subjetivas—, ni su previsible desarrollo permiten, en el período histórico que podemos contemplar, trabajar sobre la hipótesis de una ruptura revolucionaria, salvo confluencia de factores externos ya aludidos.*

2. Al margen de que existan o no tales condiciones, hay que aceptar como un hecho incontrovertible la *inexistencia de un proyecto global coherente de transformación de la sociedad*, porque ni existe una crítica suficiente de las experiencias fallidas, ni las potenciales fuerzas revolucionarias disponen de un modelo alternativo

que, asumiendo dichas experiencias, resulte consistente, ni tampoco hay planteamientos con solidez teórica y enraizamiento político capaces de orientar una posible transición hacia el socialismo.

Cabría argumentar que los puntos citados no suponen nada negativo para una política de progreso, incluso para una política socialista, porque la inexistencia de un modelo alternativo de sociedad y la carencia de una estrategia para alcanzarlo son pruebas de la madurez de una sociedad que, conscientemente, abandona los derroteros de la utopía y las tentaciones del dogmatismo. En tal enfoque, se presentaría como suficiente un proyecto de reformas, alentado por motivaciones subjetivas y con una fuerte componente ética, que aspiraría a superar el capitalismo, sin más.

Si, por el contrario, se considera, y en mi opinión es así como debe considerarse, que para que la superación del capitalismo no sea una retórica hueca hay que plantearse la necesidad de desembocar en un sistema social necesitado de una estructura y un funcionamiento distintos, pero de similar rango a los del capitalismo, incluida su capacidad para reproducirse, entonces el segundo de los puntos citados configura una grave carencia y se constituye en verdadera hipoteca para una política de izquierda.

Desde esta perspectiva, son dos las líneas de trabajo que pueden formularse. La primera buscaría la *gestación y desarrollo de un nuevo proyecto político de izquierda* capaz de subsanar el vacío citado en segundo lugar y en relación con ello, de potenciar las fuerzas negadoras del capitalismo y portadoras de elementos de una sociedad alternativa. Su campo de actuación podría estar tanto en la elaboración intelectual, como en los movimientos emergentes o incluso en el trabajo dentro de formaciones políticas que lo posibiliten.

La segunda reivindicaría la coherencia que puede tener en Europa, en este momento histórico, la *lucha por objetivos concretos, aunque no estén engarzados en una visión de conjunto*, en una estrategia omnicomprendensiva. Implicaría participar a través de los cauces de acción existentes en determinadas tareas, con consciente despegue de las concepciones legitimadoras dominantes en los cauces utilizados, sin renunciar, por tanto, a la posibilidad de discrepar de las fundamentaciones inspiradoras, aceptando el carácter histórico limitado de los objetivos posibles, pero también el contenido progresivo que comportaría su consecución al sentar las bases de desarrollo de un futuro proyecto socialista.

Este camino implica aceptar que, aquí y ahora, el avance hacia una sociedad superadora del capitalismo sólo puede hacerse por medio de un *proceso de acumulación de rupturas cualitativas puntuales*, que enriquezcan con sus experiencias el proceso global y den tiempo a que madure la hoy inexistente configuración de éste. Es obvio que esta vía se contrapone a la que busca concentrar la ruptura en una unidad de acto, pero tampoco debe ocultarse que su gran riesgo es perder el horizonte y asumir el reformismo con su sentido más restrictivo porque, ¿cómo identificar las reformas que son rupturas cualitativas, distinguiéndolas de las que son pura gestión del sistema capitalista? No creo que pueda haber respuesta general solvente, siendo sólo a través del análisis concreto de cada situación histórica como pueden alcanzarse las necesarias delimitaciones, a partir de criterios generales que ellos sí pueden establecerse.

España, 1983-1986

La superación del capitalismo sólo puede hacerse por medio de un proceso de acumulación de rupturas cualitativas puntuales.

A comienzos de diciembre de 1982 resulta difícil distinguir entre la magia del ensueño y la cruda realidad de los procesos sociales. Se llega a tener la sensación

de que el PSOE ha realizado un ejercicio de estilo y que su propuesta —«podemos hacerlo, pongámonos a funcionar»—, ha cultivado a la colectividad tocando su fi-

El PSOE ha realizado un ejercicio de estilo y su propuesta ha cautivado a la colectividad tocando su fibra sensible.

bra sensible, predisponiendo a la aceptación de sacrificios y transformaciones. Nadie es culpable, todos somos protagonistas. Es la historia del grano de arena y la rehabilitación de los hijos pródigos. Todo puede cambiar sin necesidad de desgarramientos, si hay suficiente buena voluntad. No hay nada de ridículo en esta situación. Encierra un potencial y tiene unas limitaciones. Tan erróneo sería ignorar lo uno como negar lo otro. Tomándolo como punto de partida se pueden establecer los *posibles escenarios*.

El primero, es el de un PSOE prisionero de la fórmula que le ha dado el éxito, empeñado en la conservación a toda costa del clima social de concordia general, para ello dispuesto a plegarse al realismo de los hechos, abdicando de toda intención transformadora que tenga que pagar el precio de su cuestionamiento. Esta política se basaría en el aislamiento de situaciones y estamentos problemáticos, buscando su superación por la vía de enfrentarlos con el bien común general; sería, por tanto, una política elusiva de las contradicciones sociales profundas y encontraría su límite en el que tiene en una sociedad como la española el impulso ético interclasista. Un límite severo, porque no es ningún talismán. La práctica de esta política tendería a alimentar la necesidad de su continuidad, ya que los procesos que serían su fruto crearían su propia racionalidad.

Este escenario difícilmente puede considerarse una verdadera opción para la transformación de la sociedad española, ni siquiera para una modernización significativa de la misma; no crearía la dinámica mínimamente necesaria; entre otras, por las siguientes razones:

- *Su apertura a la sociedad tendería a ser limitada, utilizando la parte más tecnocrática y menos progresiva de sus fuerzas, sin tan siquiera abrirse a la aporta-*

ción de los sectores más avanzados del propio partido.

- *La lectura de la *cuestión nacional* nunca desbordaría los estrictos límites que permite la interpretación tradicional, a todas luces insuficiente.*

- *La *política económica* podría aspirar a la eficacia y a la buena gestión convencionales, pero sin cuestionar posiciones relevantes estructuralmente, sin enfrentarse con las más importantes restricciones.*

- *El tratamiento de los condicionantes y exigencias de la *crisis civilizatoria* no irían más allá del terreno especulativo y retórico, siempre aplazadas las medidas concretas por la lógica de las realidades inmediatas.*

En resumen, nos encontraríamos con que el contenido real del impulso inicial se quedaría en una propuesta de *alternancia política —no cualitativa— respecto a los partidos de la derecha*. Aún en estos términos podría mantener el PSOE un importante espacio electoral, si bien el resultado final dependería de la asimilación interna por el partido y también de que aparecieran o no otras propuestas con contenido sustantivo de izquierda, articulación organizativa y credibilidad social.

El segundo escenario es el de un PSOE que después del camino que permita recorrer el impulso inicial, tratara de hacer una lectura progresista de su propuesta programática, intentando convertirse en cauce capaz de vehicular las rupturas cualitativas puntuales que la sociedad española necesita abordar para modernizarse y para no cegar la vía de un desarrollo socialista. Un PSOE empeñado en gene-

rar un proceso efectivo de cambio social, proceso que es incapaz de sostenerse sobre simples bases de estilo y eficacia, no sustentadas por una verdadera vertebración social y una voluntad política que, conscientemente, esté dispuesta a afrontar, y resolver, las previsibles e inevitables resistencias sociales.

Esta política tendrá que manifestarse en cuestiones puntuales clave, marcando claras diferencias con las enunciadas en el primer escenario:

- El estilo tendería a convertirse en contenido y en participación, de forma que la llamada línea caliente entre el gobierno y los ciudadanos evolucionara desde la forma hacia la sustancia, abriéndose a nuevas vías de *presencia del pueblo en los asuntos políticos*, desbordando las

tentaciones del amiguismo y de la tecnocracia aséptica, para utilizar lo más válido, comprometido y competente que pueda generar la sociedad, acumulando, así, las fuerzas necesarias para sustentar el cambio.

- *La defensa de España como proyecto unitario* debería progresivamente concebirse no como un apriorismo metafísico, sino como un gran objetivo histórico, cuya consecución tiene que partir de la aceptación de la diversidad de sus pueblos —aceptación entendida en sentido profundo—, del respeto a su identidad y al ejercicio de su libertad como tales, en suma, de su voluntaria integración en la convivencia y el diseño colectivos, refundando con sensibilidad y prudencia el sentido del Estado.

- La *política económica*, tal vez, tendría que continuar siendo el *terreno de las más limitativas transacciones* si se quieren evitar antagonismos que, en el actual contexto, no se podrían doblegar y bloquearían, en cambio, el progreso en el resto de planos. La gravedad de la crisis y la seve-

ridad de los condicionamientos dejan —en el marco de la lógica del sistema y en ella nos movemos— poco margen de maniobra. En términos generales, el predominio de medidas firmes y austeras no parece pueda, a corto plazo, encontrar sustanciales contrapartidas para los trabajadores. Sería, por el contrario, *gratuito que la socialdemocracia lo invadiera todo*, no sólo lo que parece inevitable sino también aquellos terrenos en lo que nada antagónico impide un enfoque distinto, un verdadero cambio cualitativo en la concepción y en el funcionamiento. Esos terrenos existen. Así, implicaría no sólo carencia de imaginación sino falta de voluntad política para el cambio que las reformas en el área de la empresa pública fueran superficiales —pura cosmética—, con los mismos métodos y hombres que la gestionaron bajo el franquismo o en la

Sería gratuito que la socialdemocracia lo invadiera todo, incluso en terrenos donde nada antagónico impide un enfoque distinto.

etapa de UCD, sacralizando de nuevo la falaz asepsia tecnocrática, renunciando a lo posible, asumiendo la impotencia. *En el ámbito económico, en las limitadas esferas en que el cambio cualitativo es posible, sería por ello más grave y políticamente más significativo que predominara la inanidad, la pura continuidad de lo mismo, con los mismos.*

- Finalmente, una distinta comprensión —tal vez fuera suficiente con una comprensión a secas— de la *crisis civilizatoria* debiera permitir enfrentarse con el crecimiento económico, con la articulación formación-trabajo-ocio, con los «marginalismos» sociales, desde unas coordenadas distintas a las de la interpretación y la moral convencionales hoy dominantes. Sería excesivo pretender que los enfoques radicales se convirtieran en inspiradores de la acción de gobierno, pero sería, por el contrario, frustrante que ni siquiera emergiera *una nueva sensibilidad*.

Establecidos, con la inevitable simplificación, los escenarios, siempre será po-

sible la pregunta —y con ella la duda—, sobre dónde se encuentra la acumulación de rupturas puntuales —la realización de tareas pendientes— que marca el nivel de

La modernización del país ha sido la tarea frustrada de los dos últimos siglos.

suficiencia. ¿Cuáles son imprescindibles y cuál el grado de profundidad para alcanzarlo? No creo que haya respuesta *a priori*. Las arriba glosadas han sido seleccionadas con intención, pero más a título de ejemplo que como prioridades fuertes entre las tareas pendientes. Tampoco se puede desconocer que la complejidad de las situaciones que pueden plantearse es imprescindible. A pesar de ello, sí cabe pensar que *la tendencia dominante será suficientemente perceptible como para permitir, a estos efectos, valoraciones políticas*, tomando en cuenta el contenido de la acción de gobierno y también la actitud de la derecha ante ella.

Es obvio que no están los tiempos para esquematismos y el intentar leer el sentido profundo de los procesos no implica desprecio de la necesidad de medir los momentos, el lenguaje, la generación de las propias fuerzas, el aislamiento de la reacción, la oportunidad de los avances. El énfasis y el desarrollo temporal vendrán, cómo no, influidos por las contradicciones internas y por la evolución del contexto exterior. Reconocerlo no invalida nada de lo hasta aquí dicho. Todo lo contrario.

Por otro lado, es también cierto que el proyecto de cambio puede fortalecerse si se consigue recuperar a la izquierda hoy dispersa —restos de un naufragio—, y sobre todo, si se consigue hacerlo sin que se pierda su fibra más fértil, porque, a pesar del desbordamiento de votos, no van a sobrar fuerzas en este país para *conseguir que el mensaje de cambio se convierta en un proyecto efectivo de cambio*. Ligado a ello, en la deseable hipótesis de que llegue a predominar el segundo escenario, quedaría en pie una última pregunta. ¿Puede el PSOE ser un terreno que permita, aunque conscientemente no lo aliente, la con-

figuración, ligada a la práctica, de un verdadero proyecto político de izquierda, en el sentido que aquí le hemos atribuido? Sólo se le puede dar una respuesta condicionada, enunciable en forma negativa: no se crearán condiciones en el terreno estrictamente político para que fragüe una opción política de izquierda adaptada a la situación española sin que el PSOE ejerza el poder y decante de manera suficiente su condición, cerrando en un sentido u otro la expectativa hoy abierta tras casi cincuenta años de gobierno dictatorial o de derechas. Si la respuesta fuera positiva y el PSOE permitiera en su seno tal dinámica, no sólo consolidaría su posición, sino que incluso la reforzaría en el seno de la izquierda, incorporando fuerzas que hoy se mantienen en una postura distante. No parece tenga demasiado sentido intentar ponderar el eventual impacto electoral de tal comportamiento, porque depende de factores hoy imponderables. En la hipótesis de una respuesta negativa a la pregunta formulada, el rechazo del PSOE, en el ámbito de la izquierda más progresiva, sería precisamente la condición necesaria, el factor que abriría nuevas posibilidades a la gestación de fórmulas que, entroncando con los aspectos válidos de una tradición de izquierda, asimilaran críticamente las experiencias frustradas, abriéndose a planteamientos capaces de conseguir presencia política y apoyo popular, por su línea política, por su propuesta organizativa y por su inserción social.

Para terminar, hay que ratificar la plena vigencia en la España de hoy de la opción establecida en las conclusiones de orden general:

1. Contribuir al desarrollo de un nuevo proyecto político de izquierda.
2. Luchar por objetivos concretos que supongan rupturas cualitativas puntuales en nuestra sociedad.

Sin embargo, es igualmente coherente con el análisis realizado, y avanza un grado de concreción, la siguiente *propuesta*:

1. *Apoyo incondicional al respeto y a la consolidación del PSOE como gobierno del Estado.* En particular, si los poderes fácticos y la derecha dura trataran de impedir o bloquear la normal función de gobierno por medios que pueden ir desde el golpe al obstruccionismo social y parlamentario.

2. *Colaboración profunda y crítica sincera* —ya en 1983 y con la esperanza de que no sea recibida desde la desconfianza o con un mal entendido sectarismo—, *ayudando a que predominen los factores*

que conducen al segundo escenario —el único capaz de conseguir el cambio, si asignamos sentido a tal palabra, en España.

3. *Toma de postura fundamentada, sin excluir su vertiente orgánica*, en función de la línea política y organizativa que se afirma a medio plazo —y es difícil pensar que en 1984/85 no se pueda establecer la necesaria valoración.

Creo que es así como, desde la izquierda, se puede participar y promover honesta y coherentemente el cambio. Un cambio que es la gran oportunidad de nuestro pueblo y en el que todos debemos sentirnos implicados.